

GODOY ORELLANA, MILTON. *Chinos, mineros danzantes del Norte chico, siglos XIX y XX*. Editorial Universidad Bolivariana. Fondo de Desarrollo de la Cultura y las Artes (Santiago, 2008), 112 páginas, incluye bibliografía y fotografías.

La publicación del libro *Chinos, mineros danzantes del Norte chico, siglos XIX y XX* de Milton Godoy Orellana plantea un hito no menor en la historiografía chilena y apunta a plantear preguntas nuevas tanto a los historiadores como a las fuentes que se utilizan para reconstituir el pasado de las sociedades humanas. En primera instancia esta es una investigación que se introduce en la práctica ritual-festiva de las cofradías religiosas de chinos del Norte Chico chileno, quienes asisten a las grandes y pequeñas celebraciones religiosas de la región en el presente. No obstante, dejar la frase hasta ahí sería hacerle un flaco favor al autor reseñado, pues justamente al adoptar una perspectiva diacrónica es donde este libro adquiere parte importante de su valor y su aporte a la comprensión de dichas cofradías de danzantes. En tal sentido, el texto y su bien logrado complemento iconográfico muestran que ninguna explicación de los hechos y los sujetos que actúan en el presente está completa sino se recurre al pasado como espacio no solo de origen, sino también de desarrollo, cambios y continuidades. De tal modo, los chinos desplegados en una perspectiva diacrónica y contextualizados en una geografía física, social y simbólica específica es el mundo que Milton Godoy Orellana nos propone para seguir la lectura del libro de su autoría.

De otra parte, el propio término chino es un concepto que se discute para desde allí reconstruir la raíz cultural y étnica de los sujetos significados como tales, lo cual es una cuestión no menor en el marco de lo que se comenta y que, incluso, va más allá de las páginas de este libro. A la definición de chino como servidor de la virgen, Godoy opone el concepto de chino como indio, lo que va a constituir el elemento central de su tesis. Es decir, cuando estamos frente a una cofradía de chinos danzantes en alguna festividad religiosa del norte chico, lo que presenciamos es una manifestación cultural que deviene de las antiguas comunidades indígenas que sobrevivieron a la conquista hispana de Chile y existieron de facto y de jure en Chile

hasta las primeras décadas del siglo XIX, para luego seguir su transitar encabezadas por sus caciques y mandones aun cuando el Estado no las reconocía y generaba, en palabras del autor, una nebulosa de olvido respecto de ellos. Por lo mismo es que esta discusión va más allá de los propios chinos y permite, a partir de esta investigación, introducirse en problemas tan importantes como la identidad, el patrimonio y la historia de los hombres y mujeres de Chile, de su origen, sus mestizajes y su cultura. Pero esta no es una tesis antojadiza, por el contrario, a partir de las fuentes documentales depositadas en varios archivos chilenos Milton Godoy Orellana muestra como las comunidades indígenas del Norte Chico persistieron en el siglo XVIII en la posesión comunitaria de la tierra y en el gobierno de sus caciques y como en el siglo XIX a pesar de las políticas de homogeneidad del Estado nacional los indios insisten en significarse a sí mismos de esa forma, pero más aun como el término chino se les aplica tanto por las elites locales como por los sectores medios quizás de modo peyorativo pero consciente de quienes se está designando. Algunos pensarán, en la medida que un libro siempre es un universo cerrado de significados al menos del punto de vista del autor, que estos argumentos no son lo suficientemente fuertes para generar la discusión respecto del origen del término Chino, baste decir solamente, que ya en 1558 cuando el licenciado Hernando de Santillán elaboró sus Ordenanzas para el trabajo indígena y posteriormente presentó una Relación, es decir, un resumen aunque pormenorizado de la visita administrativa que realizó a las encomiendas de Chile para conocer la realidad laboral de los indios y tasarla, se preocupó de designar algunas chinas como sirvientes para las esposas de los encomenderos.

Pero la sola significación del término chino como indio puede que no sea suficiente para plantear la persistencia durante el siglo XIX y XX de una identificación étnica al menos residual entre estos hombres, por lo anterior es que Milton Godoy Orellana se introduce en el estudio de las fiestas religiosas del Norte Chico, centrando su mirada en los chinos danzantes que bailan a la virgen, a su chinita, en cada una de ellas. Aquí ocupando una metodología que recurre a la percepción de la alteridad como una pista para descifrar el pasado es que el autor nos muestra como los sectores locales ilustrados, especialmente los párrocos y otros sacerdotes católicos, al ver a estos danzantes no hacen más que sorprenderse negativamente con sus prácticas, consideradas bárbaras y propias de sujetos premodernos. Pero dicha alteridad quizás es la de los propios descriptores, en la medida que gran parte de las fiestas religiosas locales, muchas de las cuales terminan legitimadas por la iglesia con la construcción de un templo o la propia asistencia de los curas a realizar misa, nacieron desde las propias comunidades locales y en sus propios sitios de asentamiento o bien en algunos cercanos a ellas, donde en una dinámica que no es extraña a otras regiones de América. Precisamente, un indio es quien encuentra semienterrada la imagen que posteriormente se venerará. Por lo anterior es que las cofradías de chinos y aun las de otros danzantes responden al contexto en que aquellas celebraciones se

generan y son coherentes con él. Lo anterior se suma a un calendario ritual que se asocia con la tierra como generadora y posibilitadora de vida, elemento a su vez presente en las cosmogonías indígenas prehispánicas.

Todos ellos son elementos de una comprensión compleja, sin embargo, habría que discutir si aquella es forzada o no. Probablemente, los mejores historiadores no son aquellos que levantan grandes constructos teóricos, quizás lo sean los que son capaces de desentrañar las pistas que nos dejaron los hombres del pasado para reconstruir sus hechos y significados. Aquí estamos frente a una muestra de esto último.

Pero los chinos actuales también cuentan su historia y son capaces de explicar como y por qué asumieron este compromiso, así sus historias son rescatadas por el autor a través de entrevistas y relatos orales, incluso, a través de la oración fúnebre de un alférez a su antiguo colega en Valle Hermoso. Es a través de aquellas palabras que los propios chinos comparten su historia, la dotan de significado, así como tienen significado los adornos de sus trajes y sus colores. Asimismo lo tienen los tambores y flautas que estos llevan, elemento este último donde la etnomusicología viene en apoyo de la historia y de la tesis del autor en particular, planteando con claridad indiscutible la antigüedad y raíz indígena del sonido rajado de las flautas de los chinos, cuyos antecedentes en piedra los conocemos en museos y colecciones arqueológicas, mientras que sus exponentes contemporáneos salen a relucir en las manos de los danzantes cada vez que en parejas y encabezados por sus alférez rinden homenaje a la virgen.

Mención aparte merecen la abundante iconografía que complementa la investigación historiográfica. Este no es un libro de fotografía ni es una historia que se cuenta a través de ellas, pero tampoco es una adición solamente con fines ilustrativos. Más bien la inclusión de las numerosas imágenes patrimoniales, que hablan de una investigación paralela a la documental centrada en los más importantes repositorios fotográficos chilenos, así como las fotografías contemporáneas mayoritariamente de autoría de Milton Godoy Orellana, constituyen la expresión visual de las palabras contenidas en las fuentes y en las propias argumentaciones del autor. No por nada el subtítulo del libro nos habla de mineros-danzantes y es, precisamente, estas condiciones las que se despliegan en las imágenes que están impresas, las cuales fueron elegidas para servir de contrapunto y de afirmación de lo reconstituido. Es esta una rica colección de imágenes analizables por sí mismas, análisis que el autor adelanta en su texto, pero del que esperamos un mayor ahondamiento, quizás en una publicación que las rescate a ellas del punto de vista de la historia y del patrimonio cultural. Ahora no era el momento de hacerlo, aunque este probablemente vendrá después. Mientras tanto los mineros danzantes del Norte Chico, los descendientes de las comunidades indígenas que transitaron por el periodo colonial y republicano, aquellos que concientemente todavía no pueden reconstituir sus

orígenes profundos y los que se interesan por estas temáticas, tanto desde el punto de vista historiográfico como metodológico, tienen en esta publicación una muestra no solo de lo que un historiador serio puede hacer, sino fundamentalmente de una realidad que no es posible que esté presente hoy sino se busca en el pasado.

*Hugo Contreras Cruces*

Universidad Academia de Humanismo Cristiano